

de que el portero, apoyado en su consigna y en su costumbre, hubiera dejado al imprudente en la calle.

Nada de esto ignoraba nuestro hombre, y así es que siguiendo la general costumbre, se puso á comer á puerta cerrada, y despues se entró tranquilamente á dormir la siesta, guardando para la tarde la visita que pensaba hacer á Don Diego el Indiano.

VII.

El gran escándalo.

Doña Ana de Castrejon habia seguido al pié de la letra los consejos que recibió de su madre, y procuraba por cuantos medios estaban á su alcance, desesperar á Don Enrique y exaltar su pasion mas y mas.

De eso provenia la esquila que le habia enviado la víspera del dia de San Hipólito, y todo se hacia de acuerdo con Doña Fernanda, que dirigia todas aquellas operaciones.

Doña Ana no se privó del placer de divertirse con las cabalgatas el dia de la fiesta del Pendon, no mas que cuidó bien de que su novio no supiera adónde iba á ver desfilan la comitiva, y procuró ocultarse cuando él pasó.

Pero todo en el mundo está admirablemente compensado, porque en aquellos momentos el enamorado caballero pensaba mas que en Doña Ana en la dama que le habia enviado el billete misterioso, y despues de que la conoció, ó que creyó conocerla, mas que en la cita que tenia pendiente

para aquella misma noche, se ocupó el galán en averiguar quién era aquella mujer tan misteriosa y de una tan rara belleza.

Cuando la comitiva se disolvió, Doña Ana volvió á su casa en una carroza cerrada, á preparar la comedia que tenia dispuesta para aquella misma noche, y Don Enrique tornó á pasar por la calle de Tacuba en busca de Doña Marina; pero los batientes de las ventanas estaban cerrados, y nadie aparecía por allí: determinó esperar, confiado en que una mujer que se habia atrevido á escribirle, debia indudablemente procurar ó expeditar los medios para ponerse en comunicacion con él.

La noche se acercó, y Doña Ana tuvo que sacrificar aquella noche sus deseos y sus placeres á sus proyectos, y en vez de los brillantes adornos y los provocativos atavíos del sarao, púsose un traje oscuro y humilde; necesitaba representar el papel de víctima, y era preciso comenzar por el vestido.

—Espero—decia Doña Fernanda—que esta noche hagas algo de provecho, y decidirás á ese hombre á pedir tu mano.

—Tan ardiente es su amor, que no dudo alcanzar el triunfo, que tal está para él la situacion, que la única esperanza que le resta es el matrimonio—contestó Doña Ana.

—Procura tambien que no solo por amor, sino por amor propio y por orgullo de caballero, comprometa su palabra.

—¿Y si él llegara á proponerme esta noche la fuga?

Doña Fernanda no contestó inmediatamente á la pregunta, sino que se puso á reflexionar durante un largo rato.

—Tal vez seria conveniente que aceptaras, porque esto

daria lugar á un escándalo, cuya reparacion deberia ser el matrimonio.

—¿Pero si se resiste despues?

—Fácil será obligarle por justicia.

—¿Y debo seguirle muy lejos?

—No; me avisas en el momento, y voy tras de tí, y vuelvo á traerte á la casa, despues de haber hecho constar el rapto por algunas personas que me acompañen.....

—Me parece muy bien.

—Lo que importa es, que procures por cuantos medios te sea posible exaltar su amor, que santo y bueno es esto, porque el fin que te has propuesto es lícito y honesto.

La madre y la hija siguieron hablando hasta muy avanzada la noche, y como el corazon de una y otra se interesaban muy poco en aquel amor de cálculo, una y otra comenzaron á sentir cansancio.

—¿Qué hora es?—preguntó Doña Ana con negligencia.

—Apenas las diez y media—contestó Doña Fernanda con todas las señales del fastidio, mirando una magnífica muestra que habia sobre una mesa.

—Todavía hora y media de espera.

—Y lo que siga despues.

—¿Qué contentas estarán las que hayan ido al sarao!

—Dicen que se preparaba espléndido.

—Casi casi me arrepiento de no haber ido por esperar á este pobre de mi futuro; ahora bailaria yo, en lugar de estar aquí consumiéndome de tedio..... no lo volveré á hacer.....

—Siempre serás niña, Ana; ¿qué importa un baile mas ó menos cuando se trata de tu porvenir? Saraos hay muchos, y maridos como Don Enrique son muy escasos: ya te preguntaré qué ha sido de ese arrepentimiento el dia que te

llamen la señora condesa y que puedas divertirte á toda tu satisfaccion.

Doña Ana se sonrió, y las dos volvieron á quedar en silencio.

De cuando en cuando aquel silencio se interrumpia por las alegres voces de algun grupo de paseantes que atravesaban cantando por la calle, y entonces Doña Ana preguntaba:

—¿Qué hora es?

Doña Fernanda alzaba el rostro, y con los ojos entrecerrados por el sueño ó porque la luz le parecia demasiado fuerte, contestaba:

—Las once.

—¿Qué noche tan larga!—decia Doña Ana: y volvía la hija á meditar, y á dormitar la madre.

Por fin, á una de las preguntas Doña Fernanda contestó:

—Van á dar las doce.

—¡Bendito sea Dios! voyme para el cuarto de Faciquía á esperar á Don Enrique.

—Procura antes refrescarte—dijo la madre—que tienes que atravesar el patio, y la noche está fria.

Doña Ana se levantó y fué á mirarse en una pequeña luna que habia en uno de los ángulos de la estancia; estudió, sin duda, algunas miradas y algunas sonrisas, y hubiera quizá permanecido allí mas tiempo si Doña Fernanda no hubiera dicho:

—Las doce.

—Me voy—exclamó Doña Ana, y salió precipitadamente, cubriéndose con un manto de lana negra.

Doña Ana descendió ligeramente la escalera y se entró á uno de los aposentos del piso bajo.

Allí cosía á la luz de un candil una negra anciana, con la cabeza envuelta en un pañuelo de lana encarnado y amarillo.

—Faciquía—dijo Doña Ana al entrar.

—¡Niña!—exclamó la negra, levantando la cabeza.

—Nana, apaga el candil y sálte, que es ya la hora.

La negra se levantó é iba á apagar el candil.

—Espera, espera—exclamó la jóven;—quiero llegar á la ventana para abrirla, porque á oscuras no daré con ella nunca.

La negra esperó hasta que la jóven llegó á la ventana, sopló al candil y salió cerrando tras sí la puerta.

Entonces Doña Ana abrió con precaucion los batientes de la ventana, que estaba guardada por una gruesa reja, y miró curiosamente para la calle; cerca de allí habia un hombre embozado: por lo demás, todo estaba enteramente desierto, aunque brillaba hermosa la claridad de la luna.

La casa de Doña Fernanda y de Doña Ana formaba la esquina de aquella cuadra, por el frente la calle real de Ixtapalapa, y por uno de los costados un ancho callejon, para donde caian las ventanas por la que debian hablar y habian hablado ya otras veces Don Enrique y la jóven.

Cuando el hombre embozado notó que la ventana se abria, se llegó á ella con mucha cautela y poco á poco.

—Don Enrique—dijo Doña Ana.

—Angel mio—contestó el jóven.

—Acércate, mi bien; ¡qué miedo tengo!

—¿Miedo? ¿y de qué, vida de mi vida? ¿quién hay que pudiera ofenderte estando yo á tu lado?

—¡Ay, Don Enrique! quien puede tardar nuestra dicha está libre de los golpes de tu espada.

—¿Tu madre, Ana? Pero ¿por qué me odia? ¿acaso no

ama ella á los que te aman á tí? ¿no soy bastante noble y bastante digno para llamarte mia?

—Don Enrique, no digas eso, tú tan caballero, no; tu nobleza es tan alta como la de un rey, y muy dichosa debe ser la mujer que pueda llevar tu nombre y llamarte suyo; pero.....

—¿Qué? Amor mio, habla, no te detengas.....

—Don Enrique, mi madre ha dado oídos á tus enemigos, y cree que no me amas, que pretendes solo burlarte de su hija.

—¿Cree que no te amo, señora? ¿lo cree, cuando quizá hasta que te conocí supe lo que era amar? Pero ¿qué me importa que ella no crea en mi amor si lo crees tú? tú, para quien solo quiero ser digno y bueno. Dime, Ana, ¿crees que te amo?

—Si no lo creyera así, habría muerto.

—Y tú, ¿me amas?

—Mas cada día, mas.....

Y al través de la reja la jóven asomó el rostro, Don Enrique se acercó, y aquellas dos bocas se unieron en un beso que parecia ser eterno.

—¡Ana!—exclamó repentinamente con terrible violencia el jóven, dando vuelo á la pasión que sentia en aquel momento;—¡Ana! ¿dices que me amas?

—Mas de lo que tú puedes creer.

—¿Serás capaz de hacer cuanto te diga?

—Sí, aunque me mandaras darme la muerte.

—¡Alma de mi alma! pues bien, Ana, huye conmigo.

—¡Huir!—contestó la jóven, fingiendo un gran espanto que estaba muy lejos de sentir, pues iba casi preparada para aquella proposición.—¡Huir! ¿y adónde?

—Conmigo, en mis brazos y á mi lado.

—Don Enrique, ¿me amas, y me propones la fuga, el escándalo, la deshonra?

—No, Ana, no es la deshonra; á mi lado te espera el amor, la felicidad, y entonces tu madre no podrá oponerse y tendrá que consentir en nuestro amor, y serás muy pronto la condesa de Torre-Leal: Ana, ¿te negarás á seguirme?

—¡Oh! eres todo un caballero, y te adoro, Don Enrique! te seguiré hasta el fin del mundo.

—¡Me das la felicidad!

—¿Y cuándo quieres que salga de aquí?

—En este momento.

—¿Tan pronto?

—Un siglo es para mí cada momento que retardas mi ventura, amor de mis amores; ven, no tardes.

—Bien; voy, voy, espérame—dijo Doña Ana retirándose.

—¿En el zaguan de la casa?—preguntó Don Enrique, poseído ya de ese temblor nervioso que acomete á los hombres en los momentos de una grande excitación.

—No, ahí mismo.

—¡No tardes, ángel mio!

—Pronto estaré á tu lado; ¡mira cuánto te amo!

La ventana se cerró, Don Enrique se embozó en su capa y se puso á esperar.

Doña Ana salió precipitadamente, subió la escalera y se dirigió á la estancia de Doña Fernanda.

—¿Qué pasa?—exclamó ésta al verla entrar.

—Llegó el momento, madre mia.

—¿Te propuso la fuga ó el matrimonio?

—Las dos cosas.

—¿Cuál primero?

—La fuga—contestó sonriéndose Doña Ana.

Doña Fernanda se sonrió también, y contestó:

—No es tonto, pero yo tampoco; estamos prevenidas.

—Vamos, madre, no se fastidie.

—¡Niña! poco conoces todavía á los hombres! el mas impaciente aguarda un dia contento, por una muchacha que le guste.

—Pero vamos.

—Parece que á tí tambien te corre prisa, sin pensar en que apenas te dejaré andar con él una ó dos calles.

—Como gustéis; pero despachemos.

—Es preciso avisar á Don Justo, que escribió la carta y que se quedó aquí esta noche para ayudarnos.

—Id á avisarle mientras me dispongo.

Doña Fernanda salió, y entretanto Ana volvió al tocador á componerse mas.

Quería aparecer muy bella á los ojos de su amante.

La madre volvió seguida de Don Justo.

—Estamos listos—dijo.

—Vamos—contestó Doña Ana.

Y los tres bajaron al patio.

—Tú saldrás sola—decía Doña Fernanda mientras llegaban á la puerta;—te dejamos partir, y luego salimos en tu busca y te rescatamos.

—¿Solos?

—No, con los lacayos que están ya dispuestos—repitió Don Justo, mostrando en el fondo del patio á varios lacayos con faroles y hachas.

—¿Sabeis, madre, que comienzo á tener vergüenza de que tantas personas se enteren del negocio?

—Vaya, qué tonta! mañana lo sabrá todo México; ¿qué importa que hoy lo vean unos cuantos?

—Pero todo México no me verá á mí, y estos van á presenciarse.....

—Si tienes miedo, aun es tiempo.

—No.....—replicó Doña Ana, abriendo el zaguan resueltamente y saliendo.

Don Justo cerró por dentro.

En aquel instante se oyó un grito de Doña Ana, y un ruido semejante al que produce una lucha.

—¿Oís?—dijo espantada Doña Fernanda—salgamos.

—No tengais cuidado; ¿quereis que ella no finja sorpresa y resistencia?

Callaron ambos, y por allí no se escuchó ya nada: iban á salir, cuando en la calle se escuchó el ruido de espadas.

—¡Salgamos! salgamos! quién sabe lo que pasa!—dijo Doña Fernanda.

—Ahora sí lo creo prudente—contestó Don Justo abriendo; y los dos, seguidos de muchos lacayos, salieron á la calle.

Cerca de la esquina, un hombre, con el estoque en la mano, se defendia de tres ó cuatro que le atacaban vigorosamente; aquel hombre perdia terreno y se batia en retirada.

Iba casi á sucumbir, cuando aparecieron Don Justo, Doña Fernanda y los lacayos.

Los que atacaban huyeron, y Doña Fernanda y Don Justo reconocieron en el que habian salvado, al Don Enrique.

—¿Y mi hija?—preguntó espantada la madre de Doña Ana.

—No lo sé, señora—contestó Don Enrique.

—¿No lo sabeis?—dijo imprudentemente Doña Fernanda;—¿no lo sabeis, cuando salió de mi casa para huir con vos?

—Por mi honor os lo juro—contestó el jóven, sin reparar en que aquella mujer decia lo que debia ignorar:—díjome que la esperara á la vuelta, y en su lugar han aparecido cuatro asesinos.

—¿Pues en dónde está mi hija? Don Justo, ¡mi hija! ¡buscadla! ¡buscadla! aquel grito! aquella lucha!..... ¡Oh! yo os decia bien, debiamos haber salido!

—¡Pronto! corred por esas calles! buscad á la señorita! —dijo Don Justo á los lacayos;—no volvais sin traer razon.

Los lacayos se dispersaron corriendo en todas direcciones y haciendo cundir el escándalo por toda la ciudad.

Doña Fernanda, desesperada, volvió á entrar á su casa, sostenida por Don Justo; y Don Enrique, sin saber qué pensar de aquello, se embozó en su ferreruero y se echó á caminar á la aventura, esperando encontrar la llave de aquel misterio.

Cerca del amanecer regresaron los lacayos unos en pos de otros; ninguno habia podido averiguar nada: en cambio la noticia de la fuga de Doña Ana y del escándalo que habia ocasionado, se esparció instantáneamente y sin saberse quién la habia llevado, en el sarao que para celebrar la fiesta del Pendon daba el ayuntamiento, y en el que se hallaba reunida la gente mas noble y principal de la ciudad.

VIII.

Retrocediendo.

VAMOS á encontrar la explicacion del extraño rapto de Doña Ana, retrocediendo solamente algunas horas.

Don Justo levantóse de dormir la siesta, á las cuatro de la tarde del dia de San Hipólito; vistióse con gran cuidado y salió á la calle en busca, ante todo, del Indiano, en quien esperaba encontrar un auxiliar poderosísimo.

Era el Indiano muy conocido en México por sus riquezas y por su espléndido lujo, y cosa fácil fué para Don Justo encontrar su habitacion.

En la prolongacion de las calles de Ixtapalapa y en direccion al santuario de la Virgen de Guadalupe, á la derecha del palacio de los Vireyes, tenia Don Diego una magnífica casa.

Don Justo se presentó allí, preguntó á un lacayo por su señor, y supo que allí se encontraba disponiéndose para salir á la calle á paseo.